

# Miguel Acosta Saignes. Pionero de los estudios interdisciplinarios en Venezuela. Una aproximación historiográfica a partir de su obra *Latifundio*

## Miguel Acosta Saignes. Pioneer of interdisciplinary studies in Venezuela. A historiographic approximation from his work *Latifundio*

Ángel Omar García-González<sup>1</sup>

Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela.  
agarcia8@uc.edu.ve - historiador\_a29@hotmail.com  
Identificador Orcid: 0000-0002-7892-3329

Recibido: 7/3/2019. Aceptado: 10/7/2020.

### Resumen

Miguel Acosta Saignes (1908-1989) es un investigador de obligatoria consulta cuando del estudio de la historia prehispánica y colonial venezolana se trata. Autor de una amplia bibliografía en la que también destaca la antropología como una disciplina necesaria para el estudio y comprensión integral del país, su obra combina aspectos metodológicos de varias disciplinas: historia, etnología, etnografía, sociología, que distinguieron su trabajo profesional y su aporte intelectual. El propósito de este trabajo es realizar un acercamiento a una parte de la obra académica de Miguel Acosta Saignes desde la perspectiva historiográfica. Aunque no toda su investigación está orientada al campo de la historia, ésta constituye un elemento que transversaliza toda su obra. En este artículo, se exponen los aportes de su obra *Latifundio* (1937) en el marco de una investigación más amplia sobre el significativo aporte de su obra a las ciencias sociales de Venezuela.

**Palabras clave:** Miguel Acosta Saignes, estudios interdisciplinarios en las ciencias sociales, historiografía, investigación social en Venezuela, latifundio, latifundio en Venezuela.

### Abstract

Miguel Acosta Saignes (1908-1989) is a researcher of mandatory query when it comes to the study of pre-Hispanic and colonial Venezuelan history. Author of an extensive bibliography in which anthropology also stands out as a necessary discipline for the study and comprehensive understanding of the country, his work combines methodological aspects of several disciplines: history, ethnology, ethnography, sociology, which distinguished his professional work and his intellectual contribution. The purpose of this work is to make an approach to a part of the academic work of Miguel Acosta Saignes from the historiographic perspective. Although not all his research is oriented to the field of history, it is an element that mainstreams all his work. In this article, the contributions of his work *Latifundio* (1937) are presented in the framework of a broader research on the significant contribution of his work to the social sciences of Venezuela.

**Keywords:** Miguel Acosta Saignes, estudios interdisciplinarios en las ciencias sociales, historiografía, investigación social en Venezuela, latifundio, latifundio en Venezuela.

1. Licdo. en Educación mención Ciencias Sociales (Universidad de Carabobo, UC), Magíster en Historia de Venezuela (UC). Profesor Agregado, adscrito a la cátedra de Historia del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Educación de la UC. Coordinador del Comisión que dirige el Programa Maestría Historia de Venezuela (UC).

*“La historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado”.*

*Johan Huizinga. Citado por Mario Briceño Iragorry en: Introducción y defensa de nuestra historia.*

*El pasado es por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar”*

*Marc Bloch. Introducción a la Historia. (2001:61)*

## INTRODUCCIÓN

Miguel Acosta Saignes (1908-1989), imbuido de una especial sensibilidad social que lo condujo a participar desde joven en las luchas sociales acontecidas en el país, se debatió entre la política y la vida profesional. Poseedor de un especial talento intelectual, desempeñó oficios que a la postre contribuyeron al desarrollo de su vida profesional.

Esa sensibilidad y los grupos políticos en los cuales participó, influyeron para que adoptara el marxismo como herramienta metodológica para el estudio y comprensión de la cultura aborigen y africana. Lejos del dogmatismo, que a veces suele caracterizar los trabajos orientados bajo este paradigma, su producción científica se caracterizó por la amplitud y la inteligencia necesaria en la realización de aportes conceptuales y teóricos, que le valieron el reconocimiento de la comunidad académica tanto nacional como internacional.

En un trabajo anterior señalamos algunos rasgos, muy generales, de su producción académica (García, 2015). En este caso nos enfocaremos en su primer libro: Latifundio, publicado en 1937, que resulta singular por varias razones: representa un compendio de elementos metodológicos incorporados para producir un análisis de la situación del campesino venezolano, constituyendo en su momento, uno de los estudios más completos que al respecto se hayan realizado. También resulta importante por el carácter autodidacta del autor, lo cual, sin embargo, no fue óbice para la calidad y aportes de su investigación.

El trabajo está dividido en tres partes: una visión panorámica de la vida de Miguel Acosta Saignes en la cual se busca establecer sus motivaciones e intereses para afrontar la vida política y la vida intelectual. Una segunda parte referida al análisis de la obra Latifundio. Y una tercera, con una valoración de la obra desde una perspectiva historiográfica. En este sentido se revisarán las posibles influencias que haya recibido el autor y los elementos teóricos conceptuales con los que construyó el objeto de estudio y en sus trabajos posteriores. Finalmente se presentarán algunas conclusiones.

## ENTRE DOS VOCACIONES

La vida de Miguel Acosta Saignes estuvo signada por la necesidad de ser útil a su país y a su gente. Una necesidad que encontró inspiración en el deseo de justicia, democracia y libertad, para la patria sojuzgada por una tiranía oprobiosa que se prolongaría durante veintisiete años. En medio de este contexto sociopolítico Miguel Acosta Saignes se debatiría entre dos grandes vocaciones: la militancia política, y la formación profesional y el trabajo académico intelectual.

Efectivamente, este aragüeño, nacido en San Casimiro el 8 de agosto de 1908, cursó sus estudios de primaria en la escuela Cleofe Bello Medina de su localidad, y el bachillerato en el Colegio Federal de Caracas, hoy liceo “Andrés Bello”, dirigido entonces por Rómulo Gallegos, de donde egresó como bachiller en 1927, institución en la cual también realizaban estudios los jóvenes Raúl Leoni, Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Miguel Otero Silva, Edmundo Fernández, Armando Zuloaga Blanco, entre otros. Alguna influencia mutua debió establecerse entre este grupo de condiscípulos, además de la que, seguramente, ejercía la imponente dirección de Don Rómulo Gallegos, para que de un mismo plantel haya egresado un grupo con destacada figuración en la vida nacional. En todo caso, es posible suponer que el transitar de la etapa liceísta sería el semillero de la sensibilidad social, política y cultural fundamental en su activismo político durante su época universitaria.

Obtenido el título de bachiller, se inicia en el mundo de la docencia ejerciendo la subdirección en la Escuela Federal Zamora. Seguidamente decide cursar la carrera de medicina, para lo cual ingresó a esa Facultad de la Universidad Central de Venezuela, en septiembre de 1928. Pero la vida estudiantil se encontraba convulsionada luego de los sucesos de la Semana del Estudiante, ocurridos en febrero de ese año y de la participación de algunos universitarios en la sublevación de la Escuela Militar, ocurrida en el mes de abril. La brutal represión desencadenada contra los estudiantes sería el detonante para aflorar su vocación política y su sensibilidad social.

Tras su ingreso a la universidad, participa en algunas manifestaciones, quizás más por un deseo de justicia, que por una afinidad política o ideológica. Luego de esto, pagará algunas semanas de prisión. Fue encarcelado en octubre de 1928 en La Rotunda y en el temible Castillo Libertador de Puerto Cabello, compartiendo el calabozo número 06 (Rojas y Toro, 1984: 3), conoce y recibe su bautizo revolucionario del joven tocuyano José Pío Tamayo, precursor del marxismo en Venezuela. Tales circunstancias abrirían el sendero del activismo político, por lo que terminará formando parte de la directiva de la Federación de Estudiantes de Venezuela (Strauss, 2008: 11). Saldría de prisión en noviembre de 1928.

Por ser hijo de una familia de pocos recursos económicos debía procurarse el sustento trabajando<sup>1</sup>. Las actividades desempeñadas durante esta etapa de su vida dejarían un profundo aprendizaje y forjarían su carácter y su futuro profesional. Ávido lector y diestro en la escritura, ingresó a trabajar como traductor de textos y cronista deportivo en el diario *El Herald*, oficio de gran influencia en su vida académica y profesional, que lo llevaría, más tarde, en 1947, a fundar la Escuela de Periodismo de la UCV. También laboró como profesor de matemáticas, bombero en una gasolinera, linotipista. En 1930, junto a Rodolfo Quintero, Alejandro Oropeza Castillo, Felipe Massiani y Víctor Lara, funda una carbonera<sup>2</sup>. Estas vivencias dejarían honda huella en su vida y en su actuación política y académica, al punto que, a propósito de su cumpleaños número 70, en una extensa entrevista para el diario *El Nacional*, realizada por el maestro Alfredo Armas Alfonso, intitulada “*la edad cualitativa*” sostuvo lo que luego convertiría en un texto sublime:

Tengo la edad de mis oficios: carbonero, gasolinero, linotipista, bibliotecario, director de Institutos, decano, senador; y la de mis profesiones: antropólogo, periodista, maestro de escuela, cronista deportivo, locutor, profesor; y la edad de mis actividades para la transformación de la sociedad, en mis escrituras, en actividades organizativas para el progreso, en la consciencia permanente de la política escondida tras múltiples estructuras (Rojas, 2002: 92).

1. Años más tarde, durante una serie de entrevistas realizadas para repasar su vida y su obra, diría: “Yo creo que mi vida se define por la lucha permanente. La historia que le cuento de mis libros no es una historia fácil, la historia de mis estudios es la historia de un estudiante pobre. Los oficios que yo he tenido han sido reflejo del espíritu de la lucha para sobrevivir”. (Blanco Muñoz, 2012: 423)

2. “Esa carbonera tuvo la participación de que reemplazó al viejo sistema de reparto de bolsas de carbón en un carrito que llevaba un burrito, por una camioneta pick-up vieja que conseguimos de ocasión” (ibid.: 375).

La muerte de Juan Vicente Gómez abrió las puertas a una convulsionada vida política y social desconocida para los venezolanos de entonces. Durante este tiempo la vocación política parecía imponerse como su opción de vida. En 1936, asiste como delegado de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) al primer Congreso de Estudiantes Socialistas de América Latina realizado en México. También participa en la fundación de algunas organizaciones sindicales y políticas, como el Partido Republicano Progresista (PRP) y el Partido Democrático Nacional (PDN) del cual sería Secretario de Prensa y Propaganda. Varios dirigentes de este último partido se proponen como tarea contribuir a la formación político-ideológica de la población en general, para lo cual se abocan a escribir un conjunto de materiales que contribuyeran al debate político e ideológico, analizando el proceso sociohistórico venezolano desde diversos ámbitos. De esa labor sociopolítica e intelectual surgió *Latifundio*, su primer libro.

El gobierno de Eleazar López Contreras inmerso en la disyuntiva de ceder a la presión popular y otorgar mayores libertades públicas, o refugiarse en la vieja política y reprimir a la población y los grupos políticos emergentes, terminaría inclinándose por ésta última opción. En 1937, Miguel Acosta Saignes integra una lista de 47 dirigentes de izquierda a quienes se les dictó medida de expulsión del país. Fue durante este tiempo que terminó de escribir su obra *Latifundio: el problema agrario en Venezuela*, el cual será publicado bajo el seudónimo de José Fabiani Ruiz<sup>3</sup>. Exiliado en México su primera intención fue estudiar economía, pues la consideraba una carrera útil coadyuvante del desarrollo de las luchas políticas que aspiraba continuar realizando en un futuro cercano<sup>4</sup>.

Luego de casi tres años de estudios, abandona la economía e ingresa a la Escuela de Antropología e Historia de la UNAM. “*Me di cuenta, [dijo], que mi verdadera vocación, mi verdadera carrera para la preparación fundamental sociopolítica era la antropología*” (Strauss, 2008: 13). En 1945 obtiene el título de etnólogo y el grado académico de Maestro en Ciencias Antropológicas con la tesis *El Comercio de los Aztecas*, que sería reconocida con mención *Summa Cum Laude* y publicación. No faltarían durante estos años los llamados que lo convocaban a retornar al país y participar de las luchas sociales y la militancia política. Sin embargo, la formación profesional le habría permitido descubrir una forma distinta de estar al servicio de las causas sociales y políticas. La vocación académica se había impuesto, definitivamente y como primera opción, ante la vocación política<sup>5</sup>.

Regresa al país en 1947 en medio de una agitada vida social y de cambios políticos que presagiaban la muerte definitiva de la Venezuela postgomecista. La redacción de una nueva Constitución que haría realidad la universalización del sufragio para la escogencia de los cuerpos deliberantes y del Primer Magistrado Nacional, centraban la atención de los venezolanos. La tentación de reincorporarse activamente a la militancia política se hace presente nuevamente. Sin embargo, la madurez personal y profesional que había adquirido, aunado a sus responsabilidades familiares, padre de varios hijos, afianzaron su vocación académica y la decisión de contribuir desde la academia a la formación política y a la conciencia ciudadana.

Se incorpora a la docencia universitaria. Funda, a solicitud de Mariano Picón Salas, entonces decano de

3. El propio Acosta Saignes aclara las circunstancias que rodearon la primera publicación de *Latifundio* bajo un seudónimo, un dato importante pues se trataba de un personaje real de la época. “Un día me acompañó José Fabbiani Ruiz, viejo amigo mío, a visitar a Juan de Guruceaga en la Tipografía Vargas. Llevábamos los originales de *Latifundio* y Bs 500, facilitados por un opositor, no clandestino, del gobierno de López Contreras. Juan de Guruceaga, extraordinario mecenas de los movimientos progresistas de 1936 y 1937, cuya biografía está por escribirse, me señaló que con gran contento publicaría cuanto le lleváramos, pero que como yo salía expulsado políticamente, corría el peligro de que, al aparecer un volumen con mi nombre, le clausuraran la Tipografía. Pregunté a José Fabbiani Ruiz, quien había sido viejo luchador durante la época Gómez y había actuado muy progresivamente en 1936 y 1937, si estaba dispuesto a dar su firma como autor. La respuesta fue afirmativa. Así dejamos una copia del libro a Guruceaga” (Acosta Saignes, 2010: 8-9). Subrayado nuestro.

4. “Yo llegué a México con el convencimiento de que yo lo que quería estudiar era Economía, porque yo quería ser político...combatiente”. (Blanco Muñoz: 2012: 390)

5. “... empecé a escribir libros y encontré que, por el ejercicio intelectual y político no partidista, podía ser útil a mis semejantes los oprimidos”. (Ob. cit.: 419).

la Facultad de Filosofía y Letras de la UCV, el Departamento de Antropología. La compleja realidad política nacional demandaba, entre otros factores, mayor libertad de expresión y profesionales a su servicio. Su pasantía por el diario *El Herald* sería la base y el acicate que lo conducirían a desempeñarse como fundador y primer director de la Escuela de Periodismo, creada en 1947. También ejerce como docente en el Liceo Caracas y en el Instituto Pedagógico, actividades que evidencian, a decir de Rafael Strauss, su profundo espíritu pedagógico.

El derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos, en 1948, produjo incertidumbre en los venezolanos. Aunque Carlos Delgado Chalbaud parecía un militar “civilizado”, el desconcierto y el temor terminarían apoderándose de buena parte de la población. Miguel Acosta Saignes, comprendió entonces, que lo prudente era esperar el desenvolvimiento de los acontecimientos. La vida académica continuó siendo su primera opción, centrando la mayor parte de su tiempo: escribe artículos de prensa y académicos, dicta conferencias, realiza ponencias en Congresos Internacionales, escribe libros. En 1954 publica *Estudios de Etnología Antigua de Venezuela*. También funda revistas y sostiene debates con destacados intelectuales.

La entronización de la dictadura perezjimenista lo llevó a dar su contribución en la lucha contra la dictadura, a través de la formación de una conciencia social, siempre desde el ámbito académico, dictando conferencias en diversos liceos del país, en las que realizaba sutiles críticas a la dictadura. A finales de la década de los cincuenta ingresa como estudiante en el Instituto Pedagógico de Caracas (IPC) obteniendo el título de Licenciado en Geografía, en 1961; y un año más tarde, el título de Doctor en Antropología en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, grado que alcanza con la tesis *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, que será publicada, por primera vez, en 1967.

La convulsionada vida política de los años sesenta, le plantearía, como a muchos venezolanos, la necesidad de asumir retos y sacrificios: la llamada “traición al espíritu del 23 de enero”, y la entronización de una democracia de partidos, sustentada en el consenso de élites, aunado a las expectativas de cambios radicales que se abrirían tras el triunfo de la Revolución Cubana, serían las bases sobre las que se asentó la espiral de violencia y represión que comenzaría a distinguir la democracia puntofijista. La disyuntiva vuelve a hacerse presente: incorporarse a la militancia y al activismo político o mantenerse en la actividad académica universitaria.

Se incorpora entonces al Partido Revolucionario Integración Nacionalista (PRIN). Este partido se autodefinía como una organización autónoma, de carácter popular nacionalista, antifeudal y antiimperialista, basada en la unidad de las clases sociales revolucionarias de la nación venezolana, que tenía como propósito luchar por la libertad, la democracia y la justicia social (Magallanes, 1973: 516). Por sus filas sería electo senador de la República en 1964. El reconocimiento académico e intelectual que había logrado, así como la solvencia moral y política que caracterizaron su actuación pública, contribuyeron, para que un año más tarde, fuese elegido decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, cuyo cargo ejerció por dos períodos consecutivos.

En el campo de la militancia un aspecto llama la atención: pese a asumir el marxismo como herramienta para el análisis y estudio de la sociedad venezolana, Miguel Acosta Saignes nunca militó en un partido marxista-leninista, como el PCV o el MIR. “Creo [dijo] que sin el marxismo no se puede entender las sociedades actuales, sin el marxismo no puede construirse el futuro de la humanidad” (Blanco Muñoz, 2012: 420). Fue un luchador social y un *historiador militante*, pero no al estilo de su colega y amigo Federico Brito Figueroa, quien sí asumió el oficio de historiador, según Tomás Straka, como una herramienta para generar conciencia social a través de la militancia y la organización política de la clase trabajadora (Straka, 2001).

En 1970, luego de una destacada labor como docente recibió la jubilación. Pero su actividad académica de

investigación no cesó. Continuó escribiendo artículos y dictando conferencias. Una indeclinable pasión por comprender en profundidad la idiosincrasia y características del pueblo venezolano, abriría el camino para escribir uno de sus trabajos más laureados, al respecto dijo: “*Estudiando al pueblo encontré a Bolívar. De modo que el ensayo premiado es fragmento de mi esfuerzo por estudiar al pueblo venezolano en la lucha de liberación nacional*” (Rojas, 2002: 89). Efectivamente, en 1977, se hizo acreedor al premio Bolívar en nuestra América, convocado por Casa de las Américas en conmemoración del sesquicentenario del Congreso Anfictiónico de Panamá, con el ensayo titulado: *Acción y utopía del hombre de las dificultades*.

La vocación profesional y académica por la que optó Miguel Acosta Saignes resultó bastante fructífera. En total su obra ronda los veintitrés libros, unos doscientos cincuenta y cinco artículos científicos, dieciséis prólogos, veinte reseñas a libros e innumerables conferencias en eventos nacionales e internacionales (Strauss, 2008: 19). Luego de su desaparición física, ocurrida el 10 de febrero de 1989, continuó siendo objeto de homenajes y reconocimientos. En 1990, el Consejo de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, decidió bautizar con su nombre a su Biblioteca Central. Un grupo de profesores y exalumnos funda la Cátedra de Cultura Popular Miguel Acosta Saignes. Del 12 al 15 de junio de 1991, el Consejo Nacional de Universidades organizó el II Congreso Nacional Universitario sobre Tradición y Cultura Popular en homenaje a Miguel Acosta Saignes. La Facultad de Humanidades y Educación incluyó su nombre en la serie de fascículos Memorias de Nuestra América, con el propósito de exaltar su obra académica (ibid.). Y en general, su contribución académica continúa siendo objeto de estudio e investigación en diversos programas de maestría y doctorados tanto nacional como internacionalmente.

## **SOBRE LA OBRA LATIFUNDIO**

Este texto, de dimensiones modestas si se toma en consideración la complejidad del objeto de estudio, está estructurado en diez capítulos, a saber: el problema agrario, imperialismo y latifundismo, el latifundio en Venezuela, régimen, vida y muerte, incapacidad económica del latifundio, sentido de la reforma, la reforma en Europa, el problema de la tierra en América y, qué hacer; los cuales terminan brindando una visión de conjunto sobre los efectos sociales, económicos, culturales que producía el latifundio y estableciendo una comparación con la realidad del campesinado de América y Europa. Escrito en un lenguaje sencillo y de fácil comprensión, evidencia que no está dirigido a especialistas e intelectuales, sino, busca mostrar al público en general un enfoque del problema agrario, sustentado en datos y elementos teóricos, fácilmente explicados, con argumentos científicos, distanciándolo del análisis que entonces caracterizaba el abordaje académico enarbolado desde el positivismo, así como del debate ideológico y partidista de su tiempo.

Esta obra representó en su momento uno de los intentos más sistemáticos y completos de explicación y comprensión de las causas y efectos que el problema de la desigual posesión de la tierra generaba para el campesino venezolano. Abordado desde la concepción marxista de la historia, las explicaciones no sólo están centradas en las determinaciones que podía establecer el modo de producción semifeudal, sino que, apoyándose en la acumulación de datos y documentos, profundizó en una dimensión desde donde mostraba la realidad territorial, económica, antropológica, cultural producida por el latifundio.

En apego a la concepción marxista, Acosta Saignes insiste en destacar el papel relevante que para el transcurrir sociopolítico y socioeconómico de la nación tuvo el modo de producción dominante y, en particular el latifundio, como una de sus expresiones más acentuadas. Esta visión, en términos generales, fue la base

de otros intentos de explicación de la sociedad venezolana realizados bajo el mismo enfoque metodológico, por ejemplo, el trabajo de Carlos Irazábal: *Hacia la democracia*<sup>6</sup>. Según Acosta Saignes el modelo económico semifeudal fue la expresión histórica de la dominación a la cual estuvo sometido el pueblo venezolano.

Un aspecto fundamental de la obra es trascendencia de la descripción a la denuncia política de los efectos y consecuencias producidas por el latifundio a la sociedad venezolana; de haber sido así, no habría pasado de ser un panfleto apologético de las luchas y demandas de los sectores de izquierda. Lo relevante está en el dato apoyado en fuentes documentales, así como en la constatación de una realidad que no era sólo venezolana sino latinoamericana, pues atendía a situaciones similares reproducidas en cada país, como también a las condiciones semifeudales establecidas luego de los procesos de emancipación de la metrópolis española. Éstas se acentuarían a comienzos del siglo XX por el carácter imperialista en que habría derivado la lucha entre las potencias europeas de entonces por acceder al control y posesión de vastos territorios, necesarios para asegurarse las materias primas requeridas por el gran complejo industrial surgido de los cambios tecnológicos ocurridos en el último tercio del siglo XIX<sup>7</sup>.

Por ello Acosta Saignes se esmera desde el comienzo en invocar las más diversas opiniones que sobre el problema de la desigual posesión de la tierra habían expresado destacados intelectuales y pensadores. Su propósito era mostrar que la realidad del campo venezolano no distaba mucho de la existente en otros países de la región. Con lo cual alertaba que la superación de las condiciones de explotación impuestas al campesinado no variaría combatiendo particulares injusticias, sino cambiando el modo de producción dominante, por ello afirmó: “desde el despotismo político hasta la miseria económica, nacen del régimen de la tierra, y en Venezuela, mientras exista el latifundismo en su estado actual no será posible el funcionamiento de la democracia” (Acosta Saignes, 2010: 25).

El proceso de independencia no representó para las grandes mayorías nacionales cambios sustanciales en sus condiciones de vida. La antigua aristocracia colonial fue sustituida por una clase terrateniente, sobreviviente en buena parte de la gesta emancipadora, integrada por una nueva oligarquía comercial y financiera, así como, por el caudillaje resultante de las diversas contiendas bélicas ocurridas durante el siglo XIX. Esta clase comenzaría un lento proceso de alianza comercial con el capital transnacional que acudía al país a explotar las ventajas ofrecidas por el régimen guzmancista, alcanzando mayores y mejores condiciones económicas y comerciales durante el gomecismo.

Mostrar con datos la miseria económica y la explotación laboral que producía el latifundio parecía ser el norte del autor. Distrito por distrito, en los estados Miranda, Aragua, Zulia, Yaracuy y, el entonces Distrito Federal, señala los hatos, haciendas y las hectáreas que los componen, para dar cuenta de la inmensa desigualdad existente entre una clase privilegiada y la inmensa mayoría del campesinado venezolano. Su análisis lo llevó a establecer las formas de explotación aplicadas entonces, describiendo con detalles la manera en las que se expresaba: *medianeros, conuqueros, aparceros, pisatarios*, eran parte del esquema jurídico legal subyacente en la explotación en el campo. Tal esquema tuvo en “*La Ficha*”, instrumento de “pago” aplicado en muchas haciendas y hatos, la expresión más aguda de explotación y expoliación del trabajo. Ello en clara contradicción con lo demandado por una concepción

6. En este sentido se puede observar en la obra de Carlos Irazábal las siguientes afirmaciones: “Lo medular de las revoluciones es su contenido económico. Cuando no se producen transformaciones económicas radicales no se puede hablar con propiedad de revolución” (1974: 25). Y al analizar su tiempo histórico más próximo afirmaba: “La administración de Juan Vicente Gómez marca el vértice del proceso del despotismo semi-feudal petrolero de Venezuela, auspiciado por las intocadas relaciones de producción y de cambio, cuyos rasgos más negativos se acentuaron por el gran acaparamiento de la tierra que se operó y por la penetración del imperialismo petrolero que, como hemos visto, arranca precisamente de esa época” (ibid.: 261).

7. Para un estudio que muestre los cambios y transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales que se gestaron a partir de la revolución tecnológica ocurrida en Europa finales del siglo XIX, así como las disputas en que se vieron envueltos los grandes imperios de entonces, ver (Hobsbawm: 2010) y (Lenin: s/f: 169-271).

capitalista de la economía, que para lograr empuje y desarrollo, requiere la remuneración del trabajo productivo para estimular la demanda de bienes y servicios y generar mercado interno.

Conforme avanza en el análisis, Acosta Saignes presenta con detalles las formas de explotación a las que era sometido el campesinado, recogidas a través del testimonio de personas y sectores organizados, algunas de ellas reseñadas en la prensa de la época. Aspectos de carácter antropológicos y de historia económica se conjugaban para presentar una radiografía cargada de detalles que mostraba una realidad padecida por las poblaciones rurales, pero ignorada e incomprendida por los habitantes de la ciudad, encandilados por el efecto modernizador producido por la explotación petrolera en Venezuela para la década de los treinta del siglo XX.

La descripción de nuestra situación económica fue realizada por él en los siguientes términos:

No evoluciona ampliamente nuestra economía y coexisten en ella como fuerzas predominantes el latifundismo, la producción artesanal o precapitalista, el alto comercio en manos extranjeras y el pequeño comercio criollo. En etapa atrasada de nuestro desarrollo económico, nos invade el imperialismo, etapa superior del capitalismo. Créanse así especiales condiciones a nuestra economía, la cual deviene de feudaloide en semicolonial. Los inversionistas extranjeros fueron recibidos con los brazos abiertos por la oligarquía criolla, y si el régimen político sustentado por un sistema económico con acentuados rasgos de feudalidad oprimió a las masas venezolanas, el contubernio de latifundistas e imperialistas crea nuevas condiciones igualmente desfavorables para los trabajadores venezolanos". (Acosta Saignes, ob. cit.: 33-34)

Para un sector de la sociedad esas nuevas condiciones estaban representadas en el lento dinamismo que comenzó a experimentar el mercado venezolano a consecuencia del impacto generado por el tránsito de una economía agrícola a una minera, y que fue objeto de atención y alerta por parte de destacados intelectuales como Alberto Adriani, Arturo Uslar Pietri y José Vandellós, este último contratado para asesorar al Ministerio de Hacienda durante el gobierno del general Eleazar López Contreras. Ellos llamaron la atención sobre la debilidad que representaba una economía sustentada en elementos "aleatorios", "independientes de la economía interna", sobre los cuales el gobierno nacional no podía establecer directriz alguna. Alertaban sobre el peligro de depender de una actividad económica no asentada en el trabajo productivo, determinada por las condiciones que la naturaleza había establecido sobre el territorio nacional y por las necesidades energéticas del mercado mundial. Consideraban que las condiciones favorables que generaba la explotación petrolera eran transitorias, por lo tanto, debían aprovecharse al máximo para sentar las bases de una economía productiva soportada en la actividad agrícola.

La síntesis de tales preocupaciones quizás esté representada en el famoso editorial del *Diario Ahora*, de julio de 1936: "sembrar el petróleo". En él, Uslar Pietri, haciendo gala de una clara concepción liberal, sostenía que la creciente prosperidad experimentada por la economía, estaba basada en el usufructo destructivo de un recurso finito que no era resultado del trabajo productivo del venezolano. En su opinión, ese crecimiento, esa bonanza, no era el resultado de la prosperidad, el crecimiento o la fortaleza del aparato productivo, sino el resultado de la acción del petróleo sobre la economía y en particular del fuerte capitalismo de Estado que este recurso estaba generando. Para él, el problema central de Venezuela era el de la producción, el de la generación de riqueza perdurable en el tiempo. Para ello, el petróleo constituía un instrumento. Se debía invertir este recurso a los fines de generar las condiciones que hicieran posible el nacimiento de una economía productiva. En palabras suyas:

La única política económica sabia y salvadora que debemos practicar, es la de transformar la renta minera en crédito agrícola, estimular la agricultura científica y moderna, importar sementales y pastos, repoblar

los bosques, construir todas las represas y canalizaciones necesarias para regularizar la irrigación y el defectuoso régimen de las aguas, mecanizar e industrializar el campo, crear cooperativas para ciertos cultivos y pequeños propietarios para otros. (Uslar: 1983, Nro 15: 191)

En contraste de esta visión, Acosta Saignes se distancia de la solución económica propuesta por Uslar Pietri. Enfocando el problema en el marco de una economía semifeudal, y frente a los retos de superar las condiciones de explotación laboral, social y económica impuesta por el latifundio, entendía que el progreso económico en el campo llegaría a través de su industrialización, pero ésta requería superar esas condiciones laborales de explotación semifeudales, ampliamente desfavorables, sobre las que operaba el latifundio nacional. Éste constituía un esquema complejo de explotación que no sólo se circunscribía a un sistema de servidumbre laboral, sino que le impedía al campesino y su familia acceder a una vida digna. Hambre, insalubridad, enfermedades, analfabetismo eran parte de los padecimientos sufridos quienes vivían en el campo, por eso afirmaba el maestro Acosta Saignes en Latifundio: “*morirse de hambre no es solo caer fulminado en medio de la calle por inanición. Es contraer la tuberculosis, por alimentación insuficiente; es consumirse con lentitud y morir de paludismo, sin defensa orgánica, desaparecida por la desnutrición; es ser pasto fácil de enfermedades porque el organismo carece de resistencia*” (Acosta Saignes, 2010: 96).

Una reforma agraria que otorgara al campesino tierras para producir, créditos, apoyo técnico e instrumentos jurídicos para protegerlo de la vorágine de los grandes latifundistas, era parte de la propuesta que defendía nuestro autor. Desde esta perspectiva, y a diferencia de lo propuesto por Uslar Pietri, el acento no estaba puesto en la creación de infraestructuras y condiciones materiales que facilitaran el desarrollo en el campo, sino en la dignificación del ser humano y en la superación de las condiciones de explotación medievales a las que estaba sometido el campesino.

Orientado por un profundo sentido de justicia social y armado con el marxismo como herramienta para la interpretación y transformación social, comprendió que la etapa de desarrollo de las condiciones materiales y económicas, debía comenzar, inevitablemente, por mejorar las condiciones sociales y económicas de los trabajadores, por ello afirmaba: “*Las formas de producción y las relaciones de trabajo semifeudales deben ser superadas por otras formas capitalistas*” (Acosta Saignes, ob. cit.: 143). La introducción de modernas relaciones de trabajo en el campo conduciría, por una parte, a superar, parcialmente, las desfavorables condiciones de vida del campesino y, por la otra, a sentar las bases que dinamizarían el aparato productivo estimulando el mercado interno, en este sentido afirmaba:

El problema primordial de la industrialización en Venezuela se centra en la exigüidad del mercado interno. Los grandes conjuntos campesinos, sin capacidad adquisitiva alguna, deben ser convertidos en masas capaces de adquirir productos. Pero para ello es necesario liberarlas del pago en fichas y de los salarios de hambre, cuestión imposible sin un reparto de tierras y una legislación adecuada (Acosta Saignes, ob. cit.: 144).<sup>8</sup>

Consideró positivos los planteamientos esbozados por el gobierno del general Eleazar López Contreras agrupados en el llamado *Programa de Febrero*. Aseveraba que éste contenía una “*vigorosa política para la redención de las masas campesinas*”, el cual buscaba crear condiciones mínimas para su dignificación, proponiendo la repartición de tierras y la asistencia social. Sin embargo, veía difícil su instrumentación, a consecuencia de los obstáculos que el sector latifundista y sus nuevos socios interponía para su realización. Las pequeñas conquistas

8. Subrayado nuestro.

alcanzadas y plasmadas en instrumentos jurídicos como la Ley del Trabajo de 1936, encontraban dificultades para su aplicación, en la propia debilidad del Estado para hacerla cumplir; en la subordinación de instituciones y funcionarios a los designios del capital transnacional y criollo; y en la propia incapacidad del campesinado, quien víctima del analfabetismo, desconocía sus propios derechos y las pocas herramientas jurídicas de las que podía hacer uso.

El capítulo final del libro es titulado con la famosa pregunta de Lenin: *¿qué hacer?* Acosta Saignes comienza afirmando que el modelo de producción latifundista no fue transformado por el inicio de la explotación petrolera, antes, por el contrario, profundizó los desequilibrios y desigualdades que lo caracterizaban. Entre sus consecuencias inmediatas estuvo la aparición de un nuevo actor social: la clase obrera. Con ligeras condiciones laborales que superaban las establecidas para los trabajadores del agro, este sector no estaba exento, sin embargo, de la miseria y explotación propias de la actuación con la que operaban los grandes complejos petroleros favorecidos por el gomecismo.

La crisis posterior a la muerte de Juan Vicente Gómez tomó auge en una sociedad compleja que comenzaba, progresivamente, a demandar cambios en los diversos órdenes: político, económico, social, cultural. Avanzar con éxito en esta dirección requería niveles de organización, un reto que debían encarar con prontitud los sectores laborales, especialmente los campesinos, así como los grupos de izquierda, a los fines de defender y profundizar las pequeñas concesiones que el régimen lopecista estaba realizando. Desde esta perspectiva, Acosta Saignes señalaba como un obstáculo la dispersión geográfica de los trabajadores, particularmente los del campo, que impedía su efectiva coordinación, dificultando la organización de un movimiento sindical capaz de articularse eficazmente en defensa de sus agremiados. Los programas políticos de los partidos de izquierda debían, no sólo señalar las reivindicaciones demandadas por el sector campesino, sino elaborar políticas y acciones que devinieran en mayores niveles de conciencia y organización de este sector. Las reivindicaciones inmediatas a las que aspiraban los trabajadores del agro fueron sintetizadas por Acosta Saignes en el siguiente orden:

Confiscación integral de los bienes de Gómez; legislación que limite la propiedad de la tierra y reparta los excedentes; parcelación de las tierras confiscadas y expropiadas; justa reglamentación de los salarios del trabajador agrícola; transformación del actual sistema de arriendos; desarrollo y fomento del crédito agrario para el campesino; fomento de una política de vialidad en el campo y de diversificación de cultivos; lucha contra la usura y la especulación en el caso de los préstamos y deudas agrícolas; protección preferencial para los pequeños y medianos productores; y abolición del reclutamiento forzoso.

Este conjunto de demandas englobaba las aspiraciones de reivindicación social y laboral del campesino venezolano. Su conquista traería considerables mejoras en las condiciones de vida, sin un perjuicio sustancial para la oligarquía criolla y el capital transnacional. También impediría la repetición de escenarios de violencia como los acaecidos tras la muerte de Juan Vicente Gómez. Un dato sustantivo en esta dirección, es que Acosta Saignes no finaliza su análisis planteando como solución una revolución agraria como la proclamada por Ezequiel Zamora, o como la ocurrida en México y en Rusia luego del triunfo revolucionario. Analizando la realidad con los elementos que le ofrecía el marxismo, comprendió que no existían condiciones objetivas para una revolución campesina. El proletariado rural y urbano carecía de la formación política y los niveles de organización necesarios para impulsar acciones en esa dirección. Su conclusión se resumía de forma más realista, modesta y fundamentalmente reformista, en la siguiente consigna: “la tierra es para quien la trabaja”.

## UNA HISTORIOGRAFIA NOVEDOSA

El término historiografía está referido al registro de la historia escrita, a la memoria que los hombres van dejando a través del tiempo, sobre hechos y acontecimientos de su interés. Desde sus inicios, al menos en el mundo occidental, pero no exclusivamente, buscó diferenciarse del mito y la poesía, ofreciendo una descripción veraz del pasado (Iggers, 1998: 23). Entre sus características estuvo mostrar una narración detallada y casi cronológica sin establecer explicación de los hechos. Lo relevante era contar lo sucedido lo más fidedignamente posible, y hacerlo con una escritura elegante. Por eso durante el siglo XIX historia y literatura mantuvieron un vínculo muy estrecho. El historiador debía procurar ser un excelente escritor. Hasta ese momento la asociación de hechos y causas no se consideraba importante para la producción del trabajo historiográfico.

Los cambios políticos, económicos y sociales ocurridos como consecuencia de las Revolución Industrial y la Revolución Francesa y del avance del capitalismo, trajeron profundas transformaciones en las ciencias en general y en la historia en particular. El debate sobre los métodos y formas de escribir historia llevaría durante el siglo XIX al surgimiento de la *ciencia histórica*, como expresión de esos cambios y de la sistematicidad que, a partir de entonces, envolvería el estudio de los hechos y acontecimientos del pasado. Su origen estuvo unido al establecimiento de la historia como una disciplina que se enseña y estudia en las universidades.

Sería en Alemania, de la mano del historiador Leopoldo Von Ranke, donde comenzaría a conformarse una comunidad científica que daría los primeros pasos en la elaboración de un “cuerpo de reglas” necesarios para construir un método de análisis capaz de brindar elementos de “verificación” del trabajo historiográfico. La mayor dificultad, en este sentido, giraba en torno a la imposibilidad que se le atribuía a la historia para establecer leyes capaces de validar las conclusiones que producía. A lo sumo, la historia podía ser considerada una disciplina auxiliar de ciencias como la sociología y la economía, las cuales, apoyadas en métodos estadísticos y matemáticos, podían predecir patrones de comportamiento sobre los objetos de estudio.

Leopoldo Von Ranke sostenía que la historia para convertirse en ciencia debía apoyarse en un método capaz de validar el trabajo del historiador, que trascendiera la narración meramente cronológica. Para él, la “rigurosa exposición de los hechos”, era solo el precepto sobre el cual debía apoyarse el trabajo del historiador. *“La historiografía no debía confiar sólo en la credibilidad de otras narraciones, como había sido habitual hasta entonces, antes bien, sus afirmaciones debían basarse en el análisis crítico de testimonios oculares o documentos de la época fiables”* (Iggers, ob. cit.: 27). Las fuentes pasaron así a constituir un elemento fundamental sobre el que se apoya el historiador para legitimar sus afirmaciones. Pero su trabajo está referido a los acontecimientos y hechos históricos, y éstos no sólo están revestidos, a menudo, de una gran complejidad, sino que, a decir de Ranke, poseen “naturaleza espiritual” por lo tanto deben ser comprendidos dentro de un conjunto de significados y relaciones. El trabajo del historiador debe orientarse, entonces, a la “recopilación y articulación de los hechos”, así como, a su comprensión y explicación<sup>9</sup>.

La discusión en torno al estatus científico de la historia conllevaría a la postre al surgimiento de nuevas corrientes y concepciones que terminarían afianzando su condición científica. Enfocada durante mucho tiempo en aspectos de carácter político, la historia derivaría hacia los estudios económicos y sociales. Utilizando la

9. *Ibid*, pp, 27-28. No es propósito de este trabajo pasar revista al debate que giró en torno al surgimiento de la Historia como ciencia, el cual podría ir desde el surgimiento, en el siglo XIX, del Historicismo Clásico de la mano de Leopoldo Von Ranke, pasando por los cuestionamientos de Emile Durkheim, hasta las diversas expresiones en que derivó de la llamada Escuela de los Annales, partiendo del aporte de sus fundadores: Lucien Febvre y Marc Bloch, pasando por Fernand Braudel, hasta Jacques Le Goff y Roger Chartier. Para una revisión del proceso de evolución de la Historia como ciencia pueden consultarse, además los siguientes trabajos: (Carr: 2003), (Aróstegui: 2001), (Galasso: 2001) (Aguirre Rojas: 2005 y 2010).

economía como ciencia auxiliar se buscó establecer patrones de comportamiento y actuación de pueblos y naciones con los cuales se pudiera demostrar y legitimar determinadas conclusiones.

A finales de la tercera década del siglo XX, surgió en Francia una corriente historiográfica que revolucionó la manera en la que hasta entonces se escribía la historia. La llamada *Escuela de los Annales*, transformaría no sólo la concepción metodológica que regía el trabajo historiográfico, sino que ampliaría el campo de estudio de la historia hacia ámbitos hasta ese momento inimaginables. Metodológicamente introdujo una alianza con las ciencias sociales que permitió girar la atención de los estudios, entonces centrados en hechos de carácter político (el Estado, los gobiernos, las revoluciones, las guerras) hacia enfoques económicos, sociales y geográficos. Y alteró la concepción lineal del tiempo histórico como una sucesión pasado-presente sin solución de continuidad.

Fue Fernand Braudel quien propuso que los procesos históricos podían ser estudiados, en *tiempos de corta, mediana y larga* duración, atendiendo a patrones constantes que se manifiestan sobre los procesos históricos de pueblos o naciones. De la Escuela de los Annales saldrían nuevos enfoques que darían cabida a novedosos ámbitos de estudio: la historia de las mentalidades; la historia regional, local y la microhistoria; la historia cultural y la historia antropológica. Sus aportes brindaron la oportunidad de ampliar la mirada hacia nuevos escenarios en los que el sujeto histórico no es el héroe militar o el político. Permitted comprender que la historia nacional puede presentar, y de hecho presenta, distintos matices, diferencias, apreciaciones, cuando es estudiada desde el ámbito regional; que los procesos políticos y sociales ofrecen diferentes perspectivas cuando son estudiados desde el mundo de las ideas, las representaciones y los imaginarios.

En el escenario nacional, los estudios formales de historia comenzaron en la década de los cuarenta del siglo pasado, tras la creación de las primeras secciones dedicadas al estudio de la historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UCV. A ella, como ya se dijo, se incorporó como docente Miguel Acosta Saignes. Este período representó el inicio de la profesionalización de los estudios históricos en el país, el cual tomaría un nuevo impulso al ser creada, en 1958, la Escuela de Historia, adscrita a la ahora Facultad de Humanidades y Educación.

Pero la obra *Latifundio* hace parte de una etapa previa al comienzo de los estudios formales de historia en el país, anterior a la profesionalización alcanzada en México por Acosta Saignes. Este es un dato significativo para la valoración y comprensión del proceso evolutivo de su obra historiográfica. La sensibilidad social y política que lo embargaba quizás haya sido el motor principal de su empeño por estudiar y denunciar la miseria vivida por el campesino venezolano. Para ese momento, el autor de *Latifundio* no era aún un profesional de la antropología con formación en historia. Aún no se había formado con los conocimientos académicos y la rigurosidad metodológica requerida en el trabajo historiográfico. Y, sin embargo, *Latifundio* posee con creces los elementos de rigor propios de la investigación histórica.

En primer lugar, presenta un eje temporo-espacial. Demuestra que el problema objeto de estudio es el resultado, no de particulares elementos coyunturales, sino de un proceso histórico con sus raíces en el propio régimen colonial. Apoyado en el marxismo, sostiene que el latifundio es la consecuencia de un sistema de opresión y explotación con una imposición de injustificados privilegios con subsecuentes desiguales condiciones sociales, políticas y económicas; las cuales estuvieron amparadas en un marco jurídico, justificador de la explotación, el genocidio y la explotación de los sectores más desposeídos. Ese proceso, iniciado por el conquistador español y consolidado por la oligarquía colonial, con el tiempo, habría cedido espacio en la reproducción de novedosas condiciones de explotación, a una burguesía que, en contubernio con el capital transnacional terminaría usufructuando, con la anuencia del régimen gomecista, los beneficios producidos por la explotación petrolera.

Sin embargo, distanciándose de la ortodoxia marxista evita el dogmatismo y realiza un análisis dialéctico del proceso sociohistórico que gira en torno al latifundio. Si bien entiende que la violencia característica de la época colonial, la gesta independentista y el resto del siglo XIX, tuvo como motor la lucha de clases, su apuesta no está dirigida hacia una revolución agraria, pues no existían condiciones políticas ni militares para esa salida. Su apuesta, y la de su generación, se orientan a la conquista de la democracia. En consonancia con una cierta teleología marxista, el socialismo en el campo debía atravesar primero la etapa de modernas relaciones laborales que, en el marco de un capitalismo dependiente, promovieran avance económico, estimularan el sector agroindustrial y establecieran modernas y, necesariamente, justas relaciones laborales. La organización política de los campesinos, en partidos políticos, sindicatos y organizaciones campesinas, hacía parte los pasos que debían dar los sectores de izquierda empeñados en conquistar un verdadero régimen democrático<sup>10</sup>.

En segundo lugar, fundamenta sus opiniones en el estado del arte existente o quizás disponible para el momento, mostrando una realidad reiterativa en países de la región y de Europa, elemento éste que le permitió establecer comparaciones con esas realidades. Esto resulta un aspecto fundamental: el libro comienza citando autores e investigadores que, desde las más diversas ópticas, habían abordado el problema de la desigual posesión de la tierra. Su importancia está referida, no sólo a que todo trabajo académico debe estar fundamentado en las investigaciones precedentes, lo cual comenzaría a ser una labor facilitada por la organización de archivos, bibliotecas y colecciones documentales, que se emprenderían con mayor fuerza, a partir de la segunda mitad del siglo XX (Carrera Damas, 1985: 9-48). Pero estamos en 1937, para ese momento no se cuentan con esas facilidades, o en todo caso resultaban menos accesibles, situación que realza, aún más, la labor heurística acometida por el Maestro Acosta Saignes, para formarse una dimensión aproximada de los elementos que intervenían en el problema del latifundio.

El otro aspecto a destacar es el contraste con otras realidades. Acosta Saignes pasa revista, en forma sucinta, a la situación del latifundio en América, haciendo especial énfasis en el caso mexicano, así como en los alcances y consecuencias de las reformas que se habían adelantado en algunos países de Europa. Ello tendrá importancia en las conclusiones de su trabajo académico y en la valoración política de las tareas y retos que, él en lo personal y la izquierda en particular, debían plantearse, para revertir la dramática situación de explotación y dependencia a las cuales estaba sometido el campesinado venezolano.

En tercer lugar, el uso de la fuente se constituyó en un aspecto fundamental de su trabajo. El documento de archivo, la prensa, el testimonio de personas víctimas del latifundio, le permitieron fundamentar un análisis sociohistórico, de carácter historiográfico, distanciado -pese a la tácita denuncia social que encerraba- del discurso que sobre el particular orientaba el debate político partidista. No hay duda de que en este terreno Acosta Saignes daba muestras de conocer los aportes que en materia de metodología de la historia, habían sido introducidos por Leopoldo Von Ranke, fundamentalmente, lo referente al valor del documento como instrumento para sustentar el análisis y las opiniones que emite el historiador. Insistimos en el dato, él no es, aún, un profesional de la antropología con formación histórica. Hasta ese momento es un autodidacta. Por eso cobra mayor valor la relevancia que le otorga a la prensa de su época como herramienta de información. Y lo es porque, a decir de Germán Carrera Damas, al menos hasta la primera mitad del siglo XX, existió entre los historiadores lo que él denomina horror a la historia contemporánea (ibid.), queriendo significar con ello, la

10. La necesidad de educar y organizar al campesinado y al proletariado era parte de las tareas que debían atender prontamente los sectores de izquierda. En este apostolado se destacaría un futuro colega de Acosta Saignes, y promotor de primer orden de los estudios históricos realizados bajo el enfoque marxista: nos referimos al joven Federico Brito Figueroa (trece años menor), quien recién egresado del Pedagógico de Caracas, se dedicó a dar clases a los campesinos y a promover su organización en un movimiento político y social en el estado Aragua. (Straka: 2001: 21-50).

poca importancia que los historiadores de entonces le otorgaban a temas, hechos y testimonios, relacionados con su tiempo histórico.

Pero en Miguel Acosta Saignes no existió esa predisposición. Él valoró, en su exacta dimensión, los testimonios que, sobre la explotación de campesinos, fueron eventualmente publicados en la prensa de la época. Lo cual le permitió, no sólo establecer el análisis en una dimensión histórica, es decir, de permanencia en el tiempo, sino también, contrastarla con los supuestos beneficios que el tránsito hacia una economía minera estaba generando. Abordar el estudio de la desigual posesión de tierras utilizando como fuente el propio testimonio de los afectados era una osadía que lo ponía en la mira de la crítica, principalmente, de los teólogos del positivismo, para quienes debía existir una radical separación sujeto-objeto, por lo que el testimonio de un contemporáneo, afectado por el fenómeno objeto de estudio, no revestía mayor valor científico. Consciente de la necesidad de sostener un equilibrio que no desvirtuara la investigación, no hiperbolizó los testimonios, por el contrario, les otorgó un tratamiento ponderado, mostrándolos en el contexto jurídico-político vigente entonces, para dar cuenta de las distorsiones generadas en el naciente capitalismo dependiente venezolano.

En cuarto lugar, se puede apreciar en el texto un discreto esfuerzo por incluir aspectos propios de otras ciencias. Por ejemplo, se puede encontrar en algunos capítulos un intento por describir, con detalles, el estilo de vida y el sufrimiento padecido por el campesinado, elemento que no deja de tener cierta aproximación al enfoque antropológico.

De igual forma, la presentación de gráficos y la cuantificación de haciendas y hatos, de las hectáreas que lo componían, y su distribución en el territorio nacional; constituyen un acercamiento al método de la historia económica. No hemos encontrado elementos, ni creemos que sea posible afirmar, que Miguel Acosta Saignes conociera el aporte que, para ese entonces, se realizaba desde la llamada *Escuela de los Annales*. Y no lo creemos posible por las características propias de la sociedad venezolana de entonces: una actividad académica muy escasa por el número de universidades y estudiantes. Y porque él no perteneció a una familia adinerada ni estuvo vinculado, antes de su ingreso como profesor en la UCV, con sectores intelectuales o diplomáticos, para quienes resultaba más fácil acceder, prontamente, a ésta novedosa corriente historiográfica. Y, sin embargo, su trabajo contiene elementos próximos a una labor interdisciplinaria, altamente destacable en un joven autodidacta, hasta ese momento, sin mayor formación profesional.

Todos estos elementos le confieren a *Latifundio* una particular relevancia. Su autor pareció percatarse, desde muy temprano, que la historiografía escrita hasta entonces mostraba entre sus debilidades una restricción temática y de enfoques, referidos mayoritariamente a acontecimientos políticos y bélicos relacionados con la gesta emancipadora, circunstancia que le habría restado atención a temas y problemas de gran interés para la comprensión de la Venezuela contemporánea. Tal situación habría producido en él un “estado de duda universal”, llevándolo, años más tarde, a afirmar que la ciencia para avanzar requería, no “*la repetición, sino la revisión, la enmienda y la ampliación constantes*” (González Deluca, 2007: 54). Esta especial característica condujo a la historiadora María Elena González Deluca a afirmar que, en general, en la obra de Acosta Saignes se observa un esfuerzo por trascender “*las simplificaciones en que incurrió la historiografía marxista venezolana, [apreciándose] la visión crítica y el análisis cuidadoso de las fuentes procedentes de fondos documentales no explorados hasta entonces, sin el afán común de ajustar el discursos a presupuestos ideológicos.* [Acosta Saignes, según González Deluca] *Rescató la complejidad de temas étnicos en el período colonial para cuyo estudio acertadamente proponía una aproximación multidisciplinaria de historiadores, antropólogos y sociólogos*” (González Deluca, ob. cit.: 56).

## CONCLUSIONES

Compartimos la opinión de Alejandro Madero según la cual la obra académica de Miguel Acosta Saignes puede ser agrupada en cuatro grandes áreas: indigenismo, estudios de esclavitud en América, bolivarianismo y estudios folklóricos (Madero, 2011). Efectivamente, una revisión de los títulos de las investigaciones publicadas por el maestro daría cuenta de lo acertado esta clasificación. Varias razones explicarían esta orientación. En primer lugar y de forma primaria, la necesidad vital por comprendernos como pueblo, como nación, lo condujo a revisar en lo más remoto de nuestros ancestros para aproximarse a una genealogía de nuestra nacionalidad. Acosta Saignes no sólo construyó una radiografía que caracterizó a nuestros pueblos aborígenes, clasificándolos y aportándoles características que superaban los aportes que en su momento habían realizados investigadores como Lisandro Alvarado y Arístides Rojas (Acosta Saignes, 1961); sino que aportó elementos de la cultura y la historia de los pueblos originarios que permiten salirle al paso a estereotipos que procuran adjudicarle hoy al pueblo venezolano conductas incompatibles con lo que ha sido su proceso histórico: flojo, incapaz, anárquico.

Una lectura de Estudios de etnología antigua en Venezuela permitiría mostrar la especificidad de nuestros pueblos originarios, los cuales, si bien no alcanzaron los niveles de desarrollo tecnológicos de las grandes culturas del continente: Aztecas, Mayas e Incas; mostraron niveles de organización y desarrollo cultural y tecnológicos, propios de su evolución sociocultural. En este sentido el área cultural que mayor avance habría alcanzado sería la ubicada en la región andina, ocupada por los Timoto-cuicas. Sin embargo Acosta Saignes no hiperboliza el alcance e impacto de su desarrollo cultural, sino que lo valora en una justa dimensión. Así pues, saliéndole al paso a algunas afirmaciones, niega, por ejemplo, que estas comunidades hayan establecido una actividad comercial basada en el uso del cacao como instrumento monetario, cuyo alcance se habría extendido hasta el área centroamericana. (Acosta Saignes, ob. cit.: 48).

De igual forma cuestiona la simplificación atribuida, por algunos investigadores, respecto a una cierta vocación para la guerra con la que se pretende clasificar algunas de nuestras comunidades aborígenes, a este respecto afirmó:

Lo importante es señalar que la clasificación en pueblos pacíficos y guerreros es demasiado insignificante: nada explica sobre la fundamental filiación lingüística; ignora los procesos de transculturación que incesantemente ocurrían en el territorio venezolano, como en toda América; desconoce las afinidades culturales que desde otros puntos de vista pueden existir entre los pueblos; omite toda referencia a las circunstancias históricas y sociales que conducen a los pueblos a la guerra” (Acosta Saignes, ob. cit.: 27).

La obra de Acosta Saignes permite apreciar cómo se construyó una imagen de nuestras comunidades aborígenes reñidas con las evidencias que la propia investigación histórica y antropológica iba mostrando, que tergiversó la imagen de los que fuimos y de lo que somos. Es lo que Iraida Vargas y Mario Sanoja han llamado “la preterización de los indígena”, queriendo significar el proceso de invisibilización de nuestro pasado aborígen y africano, a través de un proceso de neocolonización cultural que promovió una idea de progreso y bienestar que desprecia y niega todo nuestro pasado. (Vargas y Sanoja: 2014)

En segundo lugar, la obra de Miguel Acosta Saignes está influida por la sensibilidad social que lo caracterizó como persona. Esa sensibilidad lo llevaría a identificarse con las demandas y luchas del pueblo pobre, asumiendo como propias sus demandas y aspiraciones. “Yo aprendí la lucha de los humildes [dijo] siendo discriminado como

*negro numerosas veces en Rio Chico y también en Caracas*” (Blanco Muñoz: 2012: 422). Atento observador de la realidad nacional pudo percatarse que esa discriminación no era solo de carácter social, sino que tenía su asiento en el ámbito económico, siendo el latifundio una de sus expresiones más agudas, en medio de un país que comenzaba a percibir los cambios del tránsito de una economía agrícola a una minera.

Precisamente su estudio del tema agrario en Venezuela representó la demostración de un problema que no sólo asentaba sus raíces en los propios inicios de la colonia prolongándose hasta el presente, sino que, también, se constituyó en denuncia de las particulares e inadmisibles condiciones de explotación a las que continuaba sometido el campesino venezolano. La investigación da cuenta de las forma de vida del campesino, invocando el testimonio de los afectados; la distribución del latifundio en algunas entidades federales; las formas jurídicas en las que operaba el despojo de tierras y la explotación laboral; la ineficacia del latifundio en el marco de una economía capitalista dependiente y los retos organizativos que su existencia demandaba del campesinado y los sectores obreros.

*Latifundio* evidenció, sin proponérselo, que era debatible la afirmación de Mariano Picón Salas, según la cual, tras la muerte de Juan Vicente Gómez Venezuela había entrado al siglo XX. Al menos en cuanto al tema de la desigual posesión de la tierra el país se encontraba en el período colonial. Grandes propietarios continuaban usufructuando, en muchos casos de forma ilegítima, grandes extensiones de tierra a costa del empobrecimiento de la mayoría del campesinado. Las expectativas de cambios políticos abiertas a partir de 1936 no abarcaron al ámbito económico. El latifundio siguió siendo un problema económico y social pese a la Ley de Reforma Agraria de 1961, y lo continúa siendo, aunque en menor medida, luego de la aprobación de la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario de 2001.

Finalmente, *Latifundio* representa el talento de su autor. Un joven de 28 años, sin formación profesional, pero impregnado del deseo de ser útil y contribuir al debate y la formación de sus conciudadanos, produjo una obra que, vista en la distancia, constituyó la visión más completa que sobre la desigual posesión de tierras se haya producido en su momento. Meritoria por la dimensión interdisciplinaria que contiene: no es un texto propiamente de historia, ni de sociología o antropología, no es un estudio económico, y sin embargo, en mayor o menor medida, pueden apreciarse rasgos de estas disciplinas a lo largo de texto. La intuición que probablemente orientó su producción se convertirá con el tiempo en un rasgo distintivo de la obra intelectual de Miguel Acosta Saignes. Un dato sobre hay que profundizar y sobre el cual, seguramente, se harán nuevas indagaciones.

## Referencias

ACOSTA SAIGNES, Miguel (1961) *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la U.C.V.

\_\_\_\_\_ (1980) *Estudios en antropología, sociología, historia y folclor*. Caracas. Ediciones de la Academia Nacional de la Historia. Colección monografías y ensayos Nro 8.

\_\_\_\_\_ (1984) *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Caracas. Vadell Hermanos Editores.

\_\_\_\_\_ (1997) *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la U.C.V.

\_\_\_\_\_ (2010) *Latifundio*. Caracas. Fondo Editorial El Perro y La Rana.

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio (2005) *La “Escuela” de Los Annales. Ayer, hoy, mañana*. México. Editorial

## Contrahistorias.

- \_\_\_\_\_ (2010) *Antimanual del mal historiador*. Caracas. Editorial El Perro y la Rana.
- ARÓSTEGUI, Julio (2001) *La investigación histórica: Teoría y método*. Barcelona España. Editorial Crítica.
- BLANCO MUÑOZ, Agustín (2012) *El siglo que yo viví. Habla Miguel Acosta Saignes*. Caracas. Cátedra Pío Tamayo. Ediciones de la U.C.V.
- BLOCH, Marc (2001) *Introducción a la historia*. México. Fondo de Cultura Económica.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario (1972) *Introducción y defensa de nuestra historia*. Caracas. Monte Ávila Editores.
- CARRERA DAMAS, Germán (1964) *Cuestiones de historiografía venezolana*. Caracas. Ediciones de la U.C.V.
- \_\_\_\_\_ (1967) *Historiografía marxista venezolana y otros temas*. Caracas. Ediciones de la Dirección de Cultura de la UCV.
- \_\_\_\_\_ (1985) *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la U.C.V. Tomo I.
- CARR, Edward H (2003) *¿Qué es la Historia?* Barcelona, España. Editorial Ariel.
- GALASSO, Giuseppe (2001) *Nada más que historia. Teoría y método*. Barcelona, España. Editorial Ariel.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Ángel Omar (2015) La historiografía marxista venezolana en tres autores: Juan Bautista Fuenmayor, Carlos Irazábal y Miguel Acosta Saignes. En *Revista Tiempo y Espacio*. Caracas. Upel, Instituto Pedagógico de Caracas. Enero-Junio. N° 63
- GONZALEZ DELUCA, María Elena (2007) *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*. Caracas. Academia Nacional de la Historia.
- HOBBSAWM, Eric (2010) *La era del imperio 1875-1914*. Buenos Aires. Editorial Crítica.
- IGGERS, Georg G (1998) *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Editorial Idea Universitaria. Barcelona España.
- IRAZÁBAL, Carlos (1974) *Hacia la democracia*. Caracas. Ediciones de José Agustín Catalá.
- LENIN, Vladimir I (s/f) El imperialismo, fase superior del capitalismo. En *Obras escogidas*. Moscú. Editorial Progreso.
- MADERO SUÁREZ, Alejandro (2010) *Miguel Acosta Saignes*. Caracas. Editorial El Perro y la Rana.
- MAGALLANES, Manuel Vicente (1973) *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana*. Caracas. Editorial Mediterráneo.
- ROJAS, Reinaldo (2002) Miguel Acosta Saignes: Ciencia y política en la Venezuela del siglo XX. En *Revista de ciencias sociales de la región centrooccidental*. Barquisimeto. Ediciones de la Upel y la Fundación Buría.
- ROJAS, Reinaldo y TORO, Abraham (1984) *Miguel Acosta Saignes recopilación bibliográfica y hemerográfica*. Caracas. Vadell Hermanos Editores.
- STRAKA, Tomás (2001) Federico Brito Figueroa: política y pensamiento historiográfico en Venezuela (1936-2000). En *Revista Tiempo y Espacio*. Caracas. Upel, Instituto Pedagógico de Caracas. Julio-Diciembre. Nro 36.
- STRAUSS, Rafael (2008) *Miguel Acosta Saignes*. Caracas. Biblioteca Biográfica Venezolana. Editorial El Nacional, Fundación Bancaribe.
- USLAR PIETRI, Arturo (1983) Sembrar el petróleo. En *Colección Pensamiento político venezolano del siglo XX*. Caracas. Ediciones del Congreso de la República. Tomo 15.
- VARGAS, Iraida y SANOJA, Mario (2014) *La preterización de los indígenas*. Caracas. Centro Nacional de Historia. Colección Difusión.